

# Glifos y letras. Un acercamiento a los estudios histórico-arqueológicos e iconográficos en las décadas de los veinte y treinta del siglo xx en México

Haydeé López Hernández

**RESUMEN:** *Este artículo analiza los estudios histórico-arqueológicos e iconográficos durante las dos décadas posteriores a los movimientos revolucionarios en México. Desde una postura integral del conocimiento histórico y antropológico pretendieron ensanchar los límites que intentaban encajonar a la arqueología al México Prehispánico y a los análisis cerámico y arquitectónico.*

**ABSTRACT:** *This essay analyzes the historical archeological and iconographical studies in mexican archeology during the two decades after the armed revolutionary movements. Since an historic and anthropological perspective, they tried to extend the archeological limits of the prehispanic, ceramic and architectonic analysis.*

**D**urante las dos décadas posteriores a los movimientos armados en México, la arqueología participó en un proceso de balcanización del conocimiento científico en general. Con la intención de definirla como disciplina autónoma y científica positiva, la comunidad arqueológica de esas décadas, extranjera y nacional, ensayó diversas posturas teóricas, diferentes objetos de estudio, metodologías de trabajo y caminos a seguir, que pese a no ser del todo antagónicos, no lograron engarzarse por completo. Aquí se analiza una de esas propuestas: los conocimientos histórico-arqueológicos y los iconográficos.

I

Enrique Juan Palacios Mendoza, inspector de la Dirección de Arqueología de la Secretaría de Educación Pública (SEP), en la década de los veinte publicó diversas entregas en el *Boletín de la SEP* de un trabajo titulado "Los estudios histórico-arqueológicos en México. Su desarrollo a través de cuatro siglos" [Palacios, 1929]. Entonces Palacios tenía 48 años de edad y llevaba casi una década involucrado en el ámbito arqueológico mexicano. Fue miembro fundador del *Ateneo de México*.

Palacios nació en la ciudad de México en 1881 y realizó sus primeros estudios en el estado de Puebla, donde inició su carrera docente. A partir de 1920 comenzó a impartir cátedras de literatura en la Escuela Nacional Preparatoria, quizá en ese año ingresó como jefe de la Biblioteca del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía (MNAHE). Desde 1925, debido a los movimientos administrativos de las dependencias de antropología, se integró al entonces Departamento de Antropología de la SEP como inspector de arqueología y a partir del siguiente año conservó ese puesto en la Dirección de Arqueología. Posteriormente, en la década de los treinta, ocupó el cargo de arqueólogo en la Dirección de Monumentos Prehispánicos [AHSEP; Matute, 1999:28-35; Marquina, 1981; Zavala, 1981].

Como bibliotecario del museo, Palacios se involucró en el ámbito arqueológico. En aquel momento, como ya ha sido señalado por otros autores, la arqueología en México —fuertemente ligada con el poder estatal— se caracterizó por un acentuado objetivo turístico-monumental que impulsó, a su vez, el desarrollo de un marcado tecnicismo [Vázquez, 1993 y 1996; Rodríguez, 1996; Litvak, 1997]. Los apoyos económicos y humanos se enfocaron primordialmente en las labores de liberación de grandes zonas monumentales y, en menor medida, en los análisis arquitectónicos y cerámicos. A pesar de la aparente uniformidad en los objetivos institucionales de la disciplina, ésta carecía de un cuerpo teórico definido y consensado, ya que se desarrolló en diversas vertientes que revelaban los intereses y las expectativas de cada uno de los autores involucrados en los trabajos realizados, sin responder necesariamente a una guía institucional.

Un ejemplo de ello fue la labor de Palacios. Al parecer, el trabajo de excavación no fue una actividad prioritaria en su carrera, al menos durante el periodo analizado en el presente escrito.<sup>1</sup> En realidad, se encauzó en la observación de la arqueología desde un ángulo muy particular: las largas caminatas que emprendió por diversos puntos de la república y a través del estudio de múltiples inscripciones, en piedra o papel.

En este último aspecto su interés fue compartido por uno de sus colegas, Roque Ceballos Novelo, cuatro años menor que Palacios. Ceballos ingresó en 1914 como auxiliar inspector de monumentos en la entonces Dirección de Inspección de Monumentos Arqueológicos de la República y permaneció en este puesto (luego como arqueólogo) en las siguientes dependencias encargadas de atender el patrimonio arqueológico [cfr. García, 1998]. A diferencia de Palacios, Ceballos nunca realizó excavaciones durante sus trabajos, al menos no en este periodo. Sin embargo, en diversas ocasiones tuvo la oportunidad de visitar y hacer recorridos en varios

<sup>1</sup> En las fuentes consultadas sólo se encontraron referencias de la excavación realizada en El Tajín, Veracruz, donde Palacios participó como miembro de la Dirección de Arqueología, en compañía de Wilfrido Du Solier.

sitios arqueológicos. Sus labores, entonces, se enfocaron principalmente a la investigación en bibliotecas y archivos.

Posiblemente, debido a sus intereses y aptitudes personales así como a la división laboral interna en las dependencias de la época, ambos personajes delinearon un perfil de investigación arqueológica muy particular y hasta cierto punto marginal respecto de los trabajos de sus colegas, como podrá observarse.

Durante esos años, cuando no se encontraba estipulada formalmente la extensión temporal que podían cubrir los estudios arqueológicos, en la práctica éstos se enfocaban únicamente en el periodo precolombino, es decir, en la historia de las sociedades anteriores al contacto con la cultura española en el siglo xvi. Los estudios que abarcaran los siglos posteriores eran considerados históricos. El mismo criterio fue aplicado también a la definición de los monumentos arqueológicos e históricos estipulada por la legislación de 1934 [cfr. Olivé y Cottom, 1995].

La división de la competencia entre estos dos saberes (arqueológico e histórico) no sólo se limitaba al espacio temporal ocupado por los eventos o sociedades estudiados (objeto de estudio) sino que el espectro fue ampliado hacia las herramientas metodológicas y el tipo de materiales (fuentes) que podían utilizarse en los estudios.

Así, el interés de Ceballos y Palacios por indagar las fuentes escritas en caracteres latinos no era propiamente arqueológico sino histórico, pese a estar enfocado a las sociedades precolombinas. En contradicción, los trabajos de estos personajes estuvieron respaldados por diversas comisiones emitidas por las dependencias en las que laboraron.

## II

Para entonces, las zonas geográficas más conocidas del periodo precolombino eran la Cuenca de México y el sureste mexicano, por haber sido ahí donde se realizó el mayor número de trabajos de exploración e investigación. Desde 1917 y hasta 1938 fueron exploradas sistemáticamente seis zonas monumentales (Teotihuacan y Tenayuca, Estado de México; Xochicalco, Morelos; Cholula, Puebla; Monte Albán, Oaxaca; y Tajín, Veracruz) y varios sitios de la península de Yucatán (Uxmal, Chichén Itzá, Palenque, etcétera).

Con excepción de Monte Albán y el sureste,<sup>2</sup> Palacios y Ceballos fueron comisionados en todas las zonas para hacer estudios con base en el análisis de fuentes

<sup>2</sup> En estos lugares no hubo personal comisionado para las investigaciones de este carácter, se ignora la razón. Ambos casos fueron investigaciones especiales realizadas gracias a los permisos entonces emitidos por la SEP para que particulares o instituciones extranjeras intervinieran en una zona arqueológica. En Chichén Itzá, la comunidad mexicana trabajó paralelamente con la *Carnegie Institution*, mientras que en Monte Albán, pese a que sólo intervinieron mexicanos, como sitio de exploración se

escritas [ATA]. Ceballos realizó puntuales investigaciones para las labores de Teotihuacan y, junto con Palacios, realizó las de Cholula y Tenayuca.

Tal vez lo anterior sea contrario a lo señalado acerca de los límites temporales y metodológicos impuestos a la arqueología, o bien, se considere un apoyo contundente a la tesis que sostiene el carácter integral en las investigaciones de la época.<sup>3</sup> No obstante, pueden hacerse algunas lecturas alternas en torno a ello.

En primera instancia nos podríamos enfocar en el perfil otorgado a estas labores desde los intereses institucionales. Si se considera el desarrollo de los proyectos de exploración mencionados y las publicaciones derivadas de los mismos, puede observarse que los estudios basados en fuentes escritas fueron una sólida base para sustentar el trabajo arqueológico, pero ello no implicó que perdieran su carácter histórico, es decir, ajeno al ámbito de competencia arqueológico.

Antes de iniciar las exploraciones el personal era comisionado para realizar investigaciones "históricas" que sirvieran de antesala para el trabajo general. Paralelamente, los esfuerzos de las dependencias se dedicaban a la realización de los planos topográficos, o bien, de los sondeos exploratorios necesarios. En este sentido, la finalidad de los estudios históricos fue obtener una especie de acercamiento introductorio a la temática abordada desde las fuentes escritas, de tal suerte que sirvieran como plataforma de arranque para la exploración.

Una vez concluida esta fase introductoria e iniciada la exploración del lugar, los comisionados para hacer dicho "estudio introductorio" elaboraban un artículo completo de carácter histórico para la publicación de los resultados. Estos personajes nunca participaron de manera directa en los trabajos de exploración, lo cual no les impidió conocer los avances de sus colegas y observar los materiales arqueológicos obtenidos durante las excavaciones. Sin embargo, los resultados de sus investigaciones en archivos y bibliotecas únicamente servían para presentar la publicación final. Nuevamente, como introducción al tema, los datos obtenidos en las fuentes escritas aparecían al inicio de la obra para centrar en tiempo y espacio al lector que, páginas adelante, se involucraría en los análisis cerámicos y arquitectónicos. De la misma forma, los trabajos históricos servían para los diversos canales de difusión, los cuales, una vez concluidos, se distribuirían en conferencias o guías para los turistas que quisieran conocer la nueva zona arqueológica.

---

marcó el cambio de toda una generación de arqueólogos en el país. En este sentido, dichos trabajos ameritan un análisis puntual.

<sup>3</sup> La llamada integralidad antropológica se ha atribuido generalmente a los trabajos realizados en Teotihuacán por la Dirección de Antropología [cfr. Gallegos, 1994, 1996 y s/f; Matos, 1998; Medina, 2000; León Portilla, 2002]. El mismo Reygadas aseguraba en 1935 que los trabajos realizados en Tenayuca fueron integrales [cfr. Reygadas, 1935:x].

A la vez que introducían al tema, los datos de las fuentes escritas brindaban un ancla temporal históricamente positiva (es decir, fechada) que apoyara los datos observados en piedras y tepalcates. Por medio de las fuentes era posible seguir el rastro del itinerario recorrido por el grupo capitaneado por Xólotl antes de fundar Tenayuca en el siglo xii [Palacios, en Reygadas, 1935:27-61], o bien, saber que la pirámide de Cholula estaba ya abandonada cuando llegaron los españoles al territorio [Marquina, 1939:1-10]. Además, podía rastrearse el devenir de estos poblados durante los cambiantes años de la Colonia para observar de qué forma los grandes pueblos constructores transitaron —aunque degradados— al México contemporáneo. De tal suerte, la información obtenida por la vía histórica no constituía información arqueológica ni se mezclaba con la de las excavaciones, pero era esencial para preparar el camino a la exploración y aderezar los resultados finales imprimiendo una firme continuidad histórica (social) a las culturas exploradas.

Sería obvio que durante las fases de investigación de campo y de gabinete los investigadores involucrados cotejaran datos e hipótesis. Ello no se hizo patente en la publicación de los resultados, en donde sólo en raras ocasiones se consideraron los datos obtenidos de los cronistas para observar los tepalcates y edificios.<sup>4</sup> Esta incomunicación pudo ser provocada por las múltiples tareas que los empleados debían cubrir. A la par de las investigaciones específicas para una determinada zona de exploración, cada uno de los inspectores (o arqueólogos) tenía que continuar con las inspecciones de rutina, los dictámenes para exploración, la elaboración de guías para el turismo, la ubicación de nuevos puntos en la carta arqueológica, comisiones especiales de diversa índole que con frecuencia los mantenía alejados de la ciudad y publicaciones diversas que implicaban una investigación independiente. En el caso de que los involucrados quisieran realizar un trabajo en conjunto, más allá de la exigencia institucional, su deseo podía ser frustrado con gran facilidad o al menos dificultado por la enorme carga de trabajo que tenían que cumplir.

<sup>4</sup> Al parecer, en los trabajos de Teotihuacan los investigadores ocuparon la casa construida por Batres para realizar sus labores. La convivencia física no implicó un ambiente de intercambio de información o cotejo de resultados, como puede observarse en la publicación final [Gamio, 1979 (1922)]. Por ejemplo, al final de la obra dedicada a la etapa precolombina, Ceballos afirma que en la zona existieron sólo dos etapas culturales, cuando páginas antes Marquina, Gamio y Reygadas, en sus respectivos análisis, habían insistido en la presencia de tres fases. Por su parte, Mena asegura haber localizado la influencia totonaca en los vestigios arquitectónicos de la zona pero su hipótesis no fue considerada por ninguno de los demás autores. En el caso de Tenayuca resulta interesante observar de qué manera, tanto Palacios como Caso, pretenden brindar una respuesta al significado de la cintura de serpientes pétreas que rodea al edificio pero sin establecer ningún diálogo. Lo mismo sucede con la interpretación de la iconografía presente en el lugar [cfr. Reygadas, 1935].

## III

Sin embargo, habría que matizar la situación. La demarcación entre los análisis de materiales arqueológicos y los estudios en fuentes escritas no tuvo un carácter formal, lo cual invita a mayores reflexiones. Si bien en México la tónica institucional otorgada a los análisis en fuentes escritas fue marginal respecto a las labores arqueológicas de campo, ésta no formó un consenso entre la comunidad académica nacional y extranjera. Además de cubrir las necesidades señaladas, los estudios llamados históricos respondieron también a otro tipo de expectativas, muy distintas de las emanadas en las dependencias a cargo.

Para ese momento los estudios de americanística en Alemania ya constituían una sólida tradición, sin que ello implicara un consenso total entre los académicos germanos. Eduard G. Seler había visitado México en seis ocasiones y publicado diversas obras como resultado de sus investigaciones. En sus trabajos enfatizaba la importancia de las fuentes escritas, a la par de las investigaciones estratigráficas, folclóricas, lingüísticas y etnológicas. Desde este enfoque, para entender el proceso de desarrollo de las sociedades precolombinas, sus contactos culturales y los focos de difusión, eran igualmente importantes la consulta de las obras de cronistas y viajeros y el análisis de los materiales arqueológicos [Vázquez y Rutsch, 1997].

En México, por medio de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, tanto Seler como Franz Boas habían intentado realizar e impulsar estudios de este tipo. Empero, el proyecto no continuó en las décadas posteriores a la lucha armada ni legó discípulos mexicanos comprometidos con estas expectativas de trabajo [Rutsch, 2002:cap. iv].

De acuerdo con la integralidad buscada por estos investigadores, Hermmann Beyer, quien residía en México desde 1910 y fuera miembro del *Deutsche Mexikanische Vereinigung*, buscaba desarrollar estudios difusionistas en el país. Aunque no coincidía totalmente con Seler, sobre todo en las conclusiones de los estudios, Beyer también abogaba por la integración de las disciplinas antropológicas (incluida la historia) para el estudio del pasado prehispánico. Con *El México Antiguo. Revista Internacional de Arqueología, Etnología, Folklore, Prehistoria, Historia Antigua y Lingüística Mexicanas*, Beyer y sus colaboradores sugirieron la presencia de una cultura primaria de la cual derivarían las demás sociedades precolombinas, siguiendo la teoría de los círculos culturales de Graebner [Vázquez y Rutsch, *op. cit.*].

Durante varios lustros la comunidad mexicana permaneció en una aparente impermeabilidad ante estos postulados. Pese a ello, en estas páginas nos interesa resaltar las coincidencias en las cuales incurrieron ambas comunidades, pues, casi sin notarlo, diversos aspectos de las proposiciones germanas fueron integrados de manera algo desordenada al quehacer arqueológico en México.

Abiertamente, sólo Ramón Mena Issasi, profesor de arqueología del MNAHE, fue partidario, desde otro ángulo, de las teorías difusionistas. Su interés por localizar los contactos interoceánicos en las culturas precolombinas se entretrejía con la tenaz idea de integrar urgentemente a la arqueología dentro del cuerpo integral antropológico, pensamiento compartido por los germanos.<sup>5</sup>

En este último sentido, Mena participaba del interés de algunos colegas. Como se refirió en el inicio, en 1929 Palacios hizo un recuento de las investigaciones que denominó "histórico-arqueológicas" por medio de su artículo en la SEP. Este trabajo es importante, entre otros aspectos, porque enfatiza la liga entre el estudio de los materiales arqueológicos y las fuentes escritas en caracteres latinos.

Aun cuando en este artículo Palacios nunca define en qué consisten las labores "histórico-arqueológicas", hace referencia a aquellos estudios en los que las fuentes en caracteres latinos son utilizadas para interpretar el pasado precolombino. De esta forma, en su historia retoma los trabajos de los cronistas, viajeros e investigadores de las culturas prehispánicas elaborados desde el siglo XVI hasta el XIX. Al llegar al siglo XX, el autor detiene su narración y omite cualquier referencia a sus propios trabajos y a los de sus contemporáneos. Quizá haya sido un intento por evadir todo juicio personal —y engorroso— sobre su propio tiempo, pero también porque este tipo de estudios constituyeron la excepción en las labores destinadas a este periodo histórico.

En este escrito Palacios tiende un lazo entre el análisis de los materiales arqueológicos y los textos escritos después del siglo XVI, por tanto, reconoce en la disciplina arqueológica una vertiente metodológica adicional. Enlaza dos momentos del pasado —por usos y costumbres, más que un consenso logrado mediante la discusión— que eran considerados objetos de estudio de disciplinas distintas. Como él mismo lo refiriera, los estudios basados en fuentes escritas eran históricos y arqueológicos a la vez [Palacios, 1929]. Y así intentó llevarlo a la práctica en su desempeño profesional.

Institucionalmente, los trabajos realizados por Ceballos y Palacios en las investigaciones de las grandes zonas arqueológicas tuvieron un carácter introductorio, ajeno al ámbito de competencia arqueológica. No obstante, ellos quisieron imprimir un significado adicional en sus labores. Si bien centraron su análisis en las fuentes escritas, esto no les impidió observar y relacionar sus datos con los materiales cerámicos, arquitectónicos e iconográficos, por tanto, dejaron de lado una demarcación temporal y metodológica impuesta a la arqueología y a la historia. Ello puede observarse en prácticamente todos sus trabajos, los cuales, en las obras conjuntas, son los únicos que saltan entre los capítulos y sus demarcaciones. A pesar de que Ceballos y Palacios no teorizaron al respecto, en la práctica concibieron su labor

<sup>5</sup> Esta idea es desarrollada, por ejemplo, en Hyde y Mena [1992] y Tozzer [1926].

como parte de los estudios arqueológicos y buscaron puentes de comunicación entre ambos saberes, confrontándolos y desatando nuevas interrogantes.

#### IV

Como parte de este interés enfocaron gran parte de su atención en el desciframiento iconográfico. Esta temática había sido atendida por Seler desde décadas atrás y con gran interés en sus distintas investigaciones sobre México. En general, la americanística alemana tenía una intención particular en este tipo de análisis, que incluso fue abordado en las primeras cátedras en el país [Vázquez y Rutsch, *op. cit.*].

La comunidad estadounidense también participó activamente en estos estudios. Los trabajos de la Institución Carnegie en la zona maya (a partir de 1923), a diferencia de los emprendidos por el gobierno mexicano, no se dedicaron exclusivamente a la liberación de los grandes edificios sino a la interpretación iconográfica y a los análisis estratigráficos y cerámicos.<sup>6</sup>

Ahí se encuentra una veta de investigación muy extensa para la historia de la arqueología en México que aún no ha sido explorada. Ciertamente, algunos investigadores extranjeros han sido reconocidos como los pioneros en el desciframiento iconográfico de esta región. Sin embargo, se requieren análisis puntuales y detallados para observar cómo esta línea de investigación arqueológica fue desarrollada por las diversas comunidades que se concentraron en ello. En particular, interesa señalar aquí, a manera de esbozo inicial, el interés por parte de la comunidad mexicana en el despliegue de este tipo de investigaciones.

Si bien los programas de estudio para arqueología del Museo Nacional contemplaban el análisis de los restos iconográficos,<sup>7</sup> estos aspectos no constituyeron una prioridad para las investigaciones financiadas por el Estado mexicano en las décadas de los veinte y treinta [López, 2003]. No obstante, varios personajes dedicaron al menos una parte de sus estudios a esta temática: Ramón Mena, Alfonso Caso y, en particular, Enrique J. Palacios y Roque Ceballos.<sup>8</sup>

Desde las exploraciones en Teotihuacan realizadas por la DA, este tipo de estudios formó parte de los trabajos dedicados al periodo prehispánico, sin que ello implicara una concepción integral del conocimiento generado. Quienes estaban dedicados a ello realizaban sus análisis y éstos eran publicados en apartados especiales, como

<sup>6</sup> Una parte de los informes se encuentra en el ATA.

<sup>7</sup> El devenir de los intentos de profesionalización por parte del Museo Nacional durante las primeras décadas del siglo pasado están en Rutsch [2002:cap.i].

<sup>8</sup> Por ejemplo, la obra de Palacios fue pionera en los estudios realizados por la comunidad mexicana en el sureste del país, pese a que no ha sido muy reconocida en los inicios de la epigrafía maya. Ya en los años cuarenta, en la entonces Escuela Nacional de Antropología, Palacios fue quien inicialmente atrajo los cursos de iconografía para iniciar la formación de las nuevas generaciones en la disciplina arqueológica [cfr. AHENAH, Libretas de asistencia].



artículos independientes o capítulos cerrados en las obras conjuntas. Incluso, si en la evidencia material utilizada en un estudio arquitectónico o cerámico se encontraba alguna pieza que ameritara un análisis iconográfico, ésta era separada del conjunto para posteriores estudios [cfr. Gamio, 1979(1922); Reygadas, 1935].

A pesar de que este tipo de análisis también fue víctima de la incomunicación entre diversas temáticas, fue considerado —institucional y personalmente— parte de la disciplina arqueológica, quizá debido a que se trataba de estudios basados en objetos contemporáneos al periodo prehispánico, es decir, materiales arqueológicos por definición y ley. Paradójicamente, para realizar estos análisis los autores se basaban en las fuentes escritas, pues, al igual que en los “estudios introductorios”, intentaban olvidar las fronteras caminando entre evidencias materiales.

Ahora bien, inmersos en la problemática del cómputo del tiempo, al igual que los datos de las fuentes escritas, los estudios en los glifos tallados o pintados darían respuesta a la forma de medir el tiempo, pues constituían una llave para correlacionar los sucesos pasados en el calendario gregoriano actual.<sup>9</sup> Con ello podían brindar las sutilezas borradas por el tiempo e incluso —muestra de la cosmogonía de los pueblos— que ya no eran perceptibles en la cerámica o arquitectura pero palpables en diversas estelas o glifos dispersos en distintos materiales.

## V

Pese a la importancia de los análisis señalados (históricos e iconográficos), éstos no fueron integrados en el cuerpo básico de la investigación arqueológica. Hasta cierto punto, los del primer caso mantuvieron un estatus independiente y, los segundos, fueron materia de especialización.

La falta de formación teórica de gran parte de la comunidad arqueológica mexicana, así como su acentuado sentido nacionalista, fueron factores decisivos para que estas vertientes no tuvieran buena acogida, ni siquiera en el ámbito de la discusión académica. No sólo en relación con este tópico, justo en el periodo durante el cual trataba de definirse y regularse como práctica institucional e incluso profesional, la disciplina arqueológica en el país careció de un ambiente académico de discusión para generar un crecimiento colectivo y participativo de todos sus miembros y vertientes.

En este sentido, dichos estudios únicamente significaron un aporte adicional a la base sólida de la investigación arqueológica, cada vez más estrecha y centrada en la cerámica y los estilos arquitectónicos. No obstante, como si se resistieran a ese destino, desde su marginalidad estos análisis intentaron ofrecer un camino alternativo a la disciplina arqueológica. De hecho, continúan haciéndolo.

<sup>9</sup> En ello se concentró Palacios de manera particular [cfr. 1928, 1928a, 1924, 1933].

## BIBLIOGRAFÍA

**Gallegos Téllez Rojo, José Roberto**

1994 "La Dirección de Antropología y el cine", 30 de junio (manuscrito).

1996 *Manuel Gamio y la formación de la nacionalidad: el problema de los indios y los derechos de los pueblos*, tesis de licenciatura en historia, México, FFYL-UNAM.

s/f "Algunas consideraciones en torno a la arqueología en México, 1905-1935", 21 p. (manuscrito proporcionado por el autor).

**Gamio, Manuel**

1979 (1922) *La población del Valle de Teotihuacán*, 5 vols., México, INI, Colección Clásicos de la Antropología Mexicana, edición facsimilar.

**García Moll, Roberto**

1988 "Roque Ceballos Novelo", en Odena Güemes, Lina y Carlos García Mora (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, México, INAH, Colección Biblioteca del INAH, vol. 9, pp. 463-466.

**Hyde, George y Ramón Mena**

1922 *Antigüedad del hombre en el Valle de México y Nueva orientación arqueológica e histórica, conferencias dadas en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, la noche del 27 de diciembre de 1921*, México.

**León-Portilla, Miguel**

2002 "Historia de la arqueología en México v. La época de la revolución (1910-1939)", en *Arqueología Mexicana*, México, CONACULTA-INAH/Raíces, vol. x, núm. 56, julio-agosto, pp. 10-17.

**Litvak King, Jaime**

1997 "La arqueología oficial mexicana y su relación con algunas posiciones políticas", en Rutsch, Mechthild y Carlos Serrano (eds.), *Ciencia en los márgenes. Ensayos de historia de las ciencias en México*, México, IIA-UNAM, pp. 95-101.

**López Hernández, Haydeé**

2003 *La arqueología mexicana en un periodo de transición, 1917-1939*, tesis de licenciatura en arqueología, México, ENAH-INAH.

**Marquina, Ignacio**

1939 "Exploraciones en la pirámide de Cholula, Puebla. Contribución al xxvii Congreso de Americanistas", 19 p. (manuscrito).

1981 (1953) "Remembranzas. Enrique Juan Palacios", en Palacios, Enrique, *Prehistoria de México*, México, IIA-UNAM, Reimpresos núm. 28.

**Matos, Eduardo**

1998 *Las piedras negadas. De la Coatlicue al Templo Mayor*, México, CNCA, Lecturas Mexicanas.

**Matute, Álvaro**

1999 *El Ateneo de México*, México, FCE, Fondo 2000.

**Medina, Andrés**

2000 *En las cuatro esquinas, en el centro*, México, IIA-UNAM.

**Olivé, Julio César y Bolfy Cottom**

1995 *Instituto Nacional de Antropología, una historia*, 2 vols., México, CNCA/INAH.

**Palacios Mendoza, Enrique Juan**

1924 *Interpretaciones de la piedra del calendario*, México, Monografías del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía.

1928a "En los confines de la Selva Lacandona. Exploraciones en el estado de Chiapas. Mayo-agosto, 1926", en *Contribución de México al xxiii Congreso de Americanistas*, México, SEP, Talleres Gráficos de la Nación.

1928b "El equinoccio de primavera en el año 674 aD, según la inscripción jeroglífica maya de Santa Lena (Chiapas)", en *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, México, tomo VII, núm. 2, febrero.

1929 "Los estudios histórico-arqueológicos de México. Su desarrollo a través de cuatro siglos", en *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, tomo VIII, núm. 2, febrero, pp. 53-57; tomo VIII, núm. 3, marzo, pp. 71-78; tomo VIII, núm. 4, abril, pp. 11-15; tomo VIII, núm. 5, mayo, pp. 6-17; tomo VIII, núm. 6, junio, pp. 22-27; tomo VIII, núm. 7, julio, pp. 62-68; tomo VIII, núm. 8, septiembre, pp. 115-127; tomo VIII, núm. 9-11, octubre-diciembre, pp. 158-173.

1930 "Los estudios histórico-arqueológicos de México. Su desarrollo a través de cuatro siglos", en *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, México, tomo IX, núm. 1-3, enero-marzo, pp. 125-128; tomo IX, núm. 6, junio, pp. 99-104; tomo IX, núm. 9-10, septiembre-octubre, pp. 165-172.

1933 *El calendario y los jeroglíficos cronográficos mayas*, México, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, Estudios y Trabajos de la Dirección de Monumentos Prehispánicos, Editorial Cultura.

**Reygadas Vértiz, José**

- 1935 *Tenayuca. Estudio arqueológico de la pirámide de este lugar, hecho por el Departamento de Monumentos de la Secretaría de Educación Pública, México, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía.*

**Rodríguez García, Ignacio**

- 1996 "Recursos ideológicos del Estado mexicano: el caso de la arqueología", en Rutsch, Mechthild (comp.), *La historia de la antropología en México. Fuentes y transmisión*, México, Seminario de Historia, Filosofía y Sociología de la Antropología Mexicana, UIA/Plaza y Valdés/INI, pp. 83-103.

**Rutsch, Mechthild**

- 2002 *Antropología mexicana y antropólogos alemanes. Desde finales del siglo XIX a principios del siglo XX*, tesis doctoral en Antropología, México, IIA/FFYL-UNAM.

**Tozzer, Alfred M.**

- 1926 "Aspectos cronológicos de la arqueología americana", en Mena, Ramón (trad.), *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, México, cuarta época, tomo IV, pp. 307-315.

**Vázquez León, Luis**

- 1993 "Historia y constitución profesional de la arqueología mexicana (1884-1940)", en Cabrero G., María Teresa (comp.), *II Coloquio Pedro Bosch-Gimpera*, México, IIA-UNAM, pp. 36-77.
- 1995 *El Leviatán Arqueológico. Antropología de una tradición científica en México*, disertación doctoral, México, CIESAS-O/Universidad de Guadalajara.

**Vázquez León, Luis y Mechthild Rutsch**

- 1997 "México en la imagen de la ciencia y las teorías de la historia cultural alemana", en *Ludus Vitalis. Revista de filosofía de las ciencias de la vida*, México, Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano/SEP/UAM-Iztapalapa/Universidad Illes Balears, vol. V, núm. 8, pp. 115-178.

**Zavala, Lauro José**

- 1981 (1953) "Contribución a la bibliografía del profesor Enrique Juan Palacios", en Palacios, Enrique, *Prehistoria de México*, México, Reimpresos, núm. 28, IIA-UNAM.

## ARCHIVOS

ATA: Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH.

AHSEP: Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública.

AHENAH: Archivo Histórico de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.